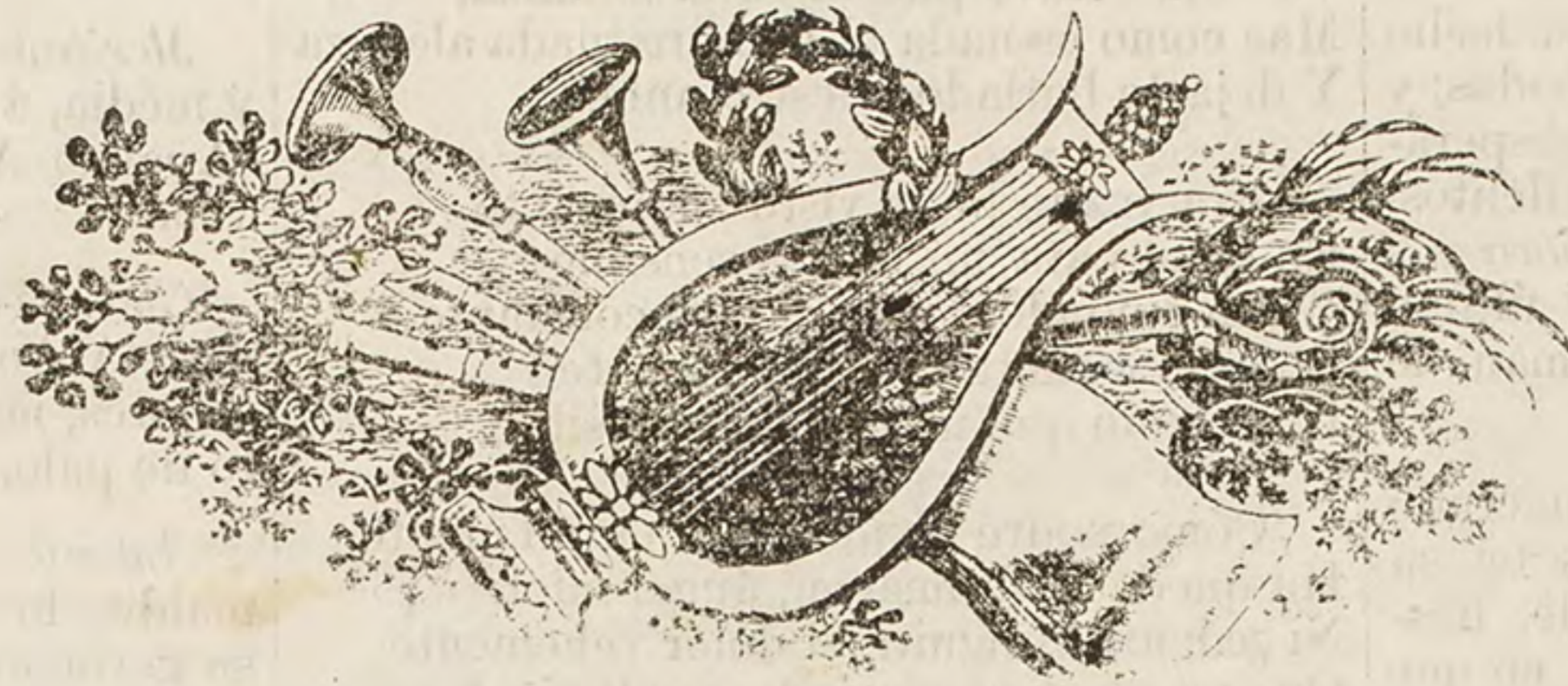


# LA ALBORADA

## SEMANARIO DE LAS FAMILIAS



LITERATURA. ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 9 de Enero de 1875.

Núm. 13.

### SUMARIO.

LA UNICA DESGRACIA, por la Señorita Adriana Buendía.—EN LA MUERTE DE MI HIJO RAFAEL, poesía, por la Señora Manuela V. de Plasencia.—EL DESEO DE FIGURAR, petipieza, por la Sra. Juana M. Lazo de Eléspuru.—NO ES CUENTO, poesía, por la Sra. Manuela A. Marquez.—LA DICHA IMPROVISADA, por la Sra. Angela Carbonel.—AL MONASTERIO DEL CÁRMEN, poesía, por la señora Justa García Robledo.—CADA UNO MANDA EN SU CASA, tradicion, por Ricardo Palma.—EL MORIBUNDO, poesía, por Clemente Althaus.—BARRANQUILLA por Miguel Riofrio.—HISTORIA DE OTRO BESO, poesía, por Juan de Arona.—TRADUCCION LIBRE: EL RETIRADO EN PLAZA, EL LICENCIADO, EL INVÁLIDO, EL SUELTO, poesías, por Acisclo Villarán.—CONCIENCIA, por M.—AL PRIMER DIA DEL AÑO, poesía, por F. F. G.—EL AMOR MATERNAL, por la señora T. M. de S.—COLABORACION ARGENTINA, á tí, poesía, por Bernabé Demaria.—MO-SAICO, por la señora Juana Manuela Gorriti.—LAS TÓR-TOLAS, poesía, por E.—SOLUCIONES.—CHARADA.—PER-MANENTE.

### LA UNICA DESGRACIA.

(REALIDAD QUE NOS ESPANTA.)

No ha muchos dias que en uno de mis ensayos dije que no comprendia una felicidad aparente, y que esta habia de ser verdadera ó no podia, en rigor, llamarse felicidad.

Hoy digo lo mismo de la desgracia. No admito, siquiera, que una persona pueda llamarse infeliz, porque en la senda de su vida encuentre á cada paso las espinas del dolor. La desgracia no puede disfrazarse jamás, porque nunca se ocultará tras ella la felicidad. La desgracia es única, real y verdadera, y no es dable confundirla con cosas superficiales. Es el propio reverso de la felicidad, que, como he dicho, consiste en la satisfaccion que nos causa el cumplimiento de nuestros propios deberes.

¡Felicidad! ¡Cuán dulce y melodiosa es para todos esa mágica palabra!

En pos de la felicidad se agita casi todo el género humano, y son, sin embargo, muy pocos los que han dado con el medio de encontrarla. La desgracia parece mas galante: ella se empeña en seguirnos á todas partes, llevando oculto el puñal que ha de hundir en nuestro pecho, y una vez que ha logrado apoderarse de nosotros, dificilmente nos abandona.

Mas ¡ay! del infeliz que llega á caer en sus manos!

La niña que no es hermosa ó que adolece de un defecto, porque la naturaleza le fué esquiva en sus dones, no es justo que se tenga por desgraciada, si sabe conservar sin mancha la veste de su pureza.

La mujer que colmada de gracias, virtuosa, jóven y apasionada, ha vivido acariciando una bella esperanza, y que vé deshojarse, en un instante, sus mas delicadas flores al soplo de un desengaño, por mas agudas que sean las espinas que han destrozado su pecho, no podrá llamarse desgraciada.

Imaginaos un hombre que haya perdido la vista y que, sumido en la miseria, viva ademas paralítico y enfermo, en una triste cabaña, rodeado de hijos pequeños que perdieron á su madre, y que lloran dia y noche por un pedazo de pan que les niega la indolencia del avaro: ese padre tan duramente angustiado, cuyo corazon vierte sangre de sus profundas heridas, y esos inocentes niños cuyas lágrimas conmueven, no merecen por eso el nombre de desgraciados.

La viuda desconsolada, el anciano en su agonía, el náufrago entre las olas, el mendigo en la miseria ni el esclavo bajo el yugo de la tiranía de sus amos, llevarán jamás en la frente el sello de la desgracia, si han sabido mantener el brillo de su conciencia. Las lágrimas que ellos vierten y los suspiros que exhalan, unidos á la resignacion y al valor en el martirio, están revelando al mundo que son los predestinados; es decir que son los escojidos para el reino de los cielos. “¡Bienaventurados los que lloran!” ha dicho el Mártir del Calvario, y las lágrimas del hombre quedaron santificadas.

La única desgracia que puede existir, pues, en la vida, el único mal que podemos reputar como una verdadera desgracia, es el llegar á perder la tranquilidad de la conciencia.

El remordimiento del pecado es una víbora infernal que róe nuestras entrañas. Hijo de la maligna serpiente del perdido paraíso, inocular su veneno en el corazon del hombre, y le hace sufrir á toda hora los tormentos del infierno. Observad con atencion el semblante de un malvado, prestad oido un momento á sus maldiciones y á sus quejas, y vereis que en su proterva mirada lleva escrita su sentencia de muerte, y en cada una de sus palabras se escucha la terrible voz de su conciencia.

“Ah! tierra maldita para mí—decia Adan, despues que salió del paraíso—cuán grande es mi dolor al conocer esta impotencia, que no me permite reducir mi cuerpo al polvo de que fué formado! Suelo ingrato que has hecho correr el sudor por mi frente, y no

me das mas que espinas ¿por qué no te abres y me tragas para siempre?"

La alevosía de Judas se retrataba en su semblante; y no le bastaron aquellos treinta dineros en que vendió á su Maestro, para comprar despues con ellos su tranquilidad perdida. Buscad sinó su sepulcro entre las ramas suspendidas de un árbol, y en ellas encontrareis el sello de su desgracia.

No fué venturoso Atila, al ver gemir á sus plantas á la humanidad vencida por el poder de su brazo. Llamóse *azote de Dios*, y murió al golpe del alevoso puñal de su predilecta Ildico; de aquella voluptuosa muger á quien colmó de riquezas y elevó con mentido cariño hasta lo alto de su trono. Su propio lecho nupcial fué tambien su lecho de muerte, la misma noche de sus bodas; y sus últimas palabras la confesion desesperada, pero espontánea, de sus enormes delitos: "*es la sombra del crimen que viene ahora por mí,*" dijo bebiendo su sangre, con el último grito de *venganza!* y el último ademán de sus feroces instintos.

Ved á Luis XI con su rostro demacrado por los estragos del vicio, y notareis en su mirada la desesperacion mas horrible, hasta en las convulsiones de la agonía, en que sostiene, con la autoridad del monarca poderoso, el cetro que tiene entre sus heladas manos.

Allí teneis á Margarita Gautier, inmóvil en su lecho de muerte, perfumado por las flores de este mundo, y su fin os dirá si á pesar de esa fuente de placeres en que consumió su vida, pudo llamarse feliz escuchando hasta en sus postrimeros instantes el grito de su conciencia.

Ese constante remordimiento, esa sombra del crimen que nos persigue á todo instante: esa es la única desgracia que debemos lamentar sobre la tierra. La historia nos lo acredita con innumerables testimonios y la experiencia cotidiana confirma tan irrecusables verdades.

Mas queda aun á todo ser desgraciado un remedio que adoptar, para la curacion de sus males, para reparar su daño y volver nuevamente al terreno de la gracia y de la vida: ese antídoto eficaz es el arrepentimiento, puerta que nos ha franqueado la misericordia infinita. Ved sinó á Magdalena escuchando de los labios del mismo Redentor del mundo, el perdón de sus pecados!

Cuando La Druye decia: *hay mil remedios para consolar al hombre de bien y mitigar sus infortunios, pero no se encuentra uno siquiera para aliviar las desdichas del malvado,* olvidaba, sin duda, que el verdadero arrepentimiento devuelve la tranquilidad al espíritu y que con ella torna la felicidad y se auenta la desgracia. ¿Para qué, pues, mas remedio?

Los bienes y los males de esta vida provienen de nuestra suerte; pero la felicidad ó la desgracia está en nuestras propias manos.

¿Obtarémos por la primera?  
¿Huirémos de la segunda?

ADRIANA BUENDIA.

Chorrillos, Enero de 1875.

### En la muerte de mi hijo Rafael.

Ayer, no mas, alegre te arrullaba  
Y al calor de mi seno te dormías,  
Entónces en mirarte me gozaba  
Sin sospechar que la hora se acercaba  
De ver cortado el hilo de tus dias.

Cuando lleno de gracias te veía  
Y con ellas, mi bien idolatrado  
Solias disipar la pena mía,  
Ya la muerte envidiosa pretendía  
Arrancarte, por siempre, de mi lado.

Tu fuiste, hijo la flor de mi esperanza  
Cultivada á rigor de gran desvelo;  
Tu vida estuvo puesta en la balanza,  
Mas como es nada el hombre, nada alcanza  
Y dejaste burlado nuestro anhelo.

Otra vez te hube visto agonizante  
En edad para mí menos sensible  
Y con cuidado y celo el mas constante,  
Logramos de tu vida interesante  
Un triunfo que no creiamos posible.

¿Cómo podré olvidarte, si en mi mente  
Ha quedado tu imágen, ángel mio?  
Ni ¿cómo extinguiré el dolor vehemente  
Que mi alma acongojada por tí siente  
Con tenaz y perenne desvario?

Ya solo hallo tus restos en la tierra  
Bajo esa losa do se leé tu nombre;  
Gracia, vida, hermosura, nada encierra  
Ese lugar, en tanto á mí me aterra  
Ver en que funda su altivez el hombre;

¿Ni de que sirve el oro y la grandeza  
Y el necio brillo de la pompa y gala  
Cuando á medio camino se tropieza  
Con la segura y funeraria huesa  
Donde el Señor á todos nos iguala?

Y de la vil materia despojado  
Ha de caer en el seno del olvido,  
Y tal vez, cuando salga á ser juzgado  
Señale el ángel malo al potentado,  
Proteja el justo juez al desvalido.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

### EL DESEO DE FIGURAR.

ESCENA SEGUNDA.

(*Mister Walton, capitán americano de la barca "Mary" y Monsieur Meritan, pasajero.*)

Chomba—Mis señores, pasen ustedes adelante, tomen ustedes asiento; Antonio señores: mi esposo don Antonio Salsipuedes.

Walton—Caballier, mí servir á usted.

Meritan—Monsieur, yo está á su disposición.

Antonio—Gracias.

Chomba—Has de saber, Antonio, que los señores son sujetos muy apreciables. El señor Walton es capitán de la barca "Mary" que ha venido al Callao de paso para California, y el señor Meritan, su amigo, es pasajero para San Francisco. (Al oído) Mira, Antonio, que dice que lleva plata en cantidad para comprar oro. ¿Señores, cuándo es la marcha?

Meritan—Mañana temprano, *madame*, por eso venia ahora á llevar á las *Mlles* para que conozcan el buque de mi *amico*.

Walton—Oh! miss *Salsipods*, usted me haga el favor de que penir las señoritas á mi buque.

Chomba—Con muchísimo gusto, irán con ustedes, señores. Siento no poder ir con ellas, porque estoy muy ocupada con las disposiciones del baile que damos esta noche, al que no faltarán ustedes ¿no es así?

Meritan—*Merci, madame.*

Chomba—Pero les encargo que se vuelvan temprano para que las niñas tengan tiempo de vestirse con todo esmero.

Meritan—(Viendo su reloj.) Son las once y media, á las tres ya estamos de regreso (Aparte) A esa hora ya habremos dado la vela.

Chomba—Muy bien; voy á llamar á las niñas. (A Antonio al oído) Haz la corte á los señores, no te quedes con ellos como un santo de palo. (Entra.)

Antonio—(Aparte.) Está bien; aunque maldito lo que les entiendo á estas gaviotas su geringoza. No sé por donde empezar á darles conversacion á estos animales. En fin, salga pato ó gallareta (dirigiéndose á ellos.) Pues, señores, yo he tenido la desgracia (ó felicidad) de estar fuera de casa todas las veces que ustedes han venido.

Meritan—Oh! para nosotros ser esta una *patalidad*.

Antonio—(Aparte: sí, mucho.) ¿Y es la primera vez que vienen por América?

Meritan—*Oui, Monsieur*, y estar muy bella la América.

Antonio—Y si ustedes la hubieran conocido cuando yo la conocí, entónces sí que les hubiera agradado mucho mas, porque entónces habia bastante solidez sin ostentacion mientras que ahora todo es miseria y vanidad.

Walton—Sin *empargo*, ser todavia muy buena.

Meritan—Oh! la América será siempre muy confortable. (Sale Chomba con sus hijas.)

Chomba—Aquí las tienen ya listas. (Se saludan con *Mister, Monsieur* y *Mises Mlles.* con mucha genuflexion.)

Andrómaca—Al fin se nos va á cumplir el deseo que teniamos de conocer su buque *Mister Walton*.

Walton—Mi ser muy feliz, *mademoiselle Andrómaca*.

Cleopatra—No se olvide usted, *Monsieur Meritan*, de enseñarme esa magnífica caja de música que dijo usted tenia abordo.

Meritan—Oh! *Mlle.*, yo seré muy contento con usted.

Chomba—No se olvide, *Mister Walton*, de que esta noche tiene usted que bailar con *Andrómaca* una brillante mazorca.

Andrómaca—*Mashurca* diga usted, *mamita*. (Bajo.)

Chomba—A lo mesmo da, y usted *Muciu*

Meritan, con Cleopatrita un *costillon*.

*Cleopatra*—Cotillon, mamita por Dios!

*Chomba*—Como quieras; pero lo que importa es que se vayan pronto para que vuelvan temprano, porque, niñas, ustedes tienen que presentarse las mas elegantes del baile.

*Las dos*—Cierto, vamos, vamos! (Les dan el brazo y salen. Don Antonio toma su sombrero para salir tras ellas, y lo detiene su mujer.)

*Chomba*—Ven acá, ¿donde vas tan apurado?

*Antonio*—A acompañar á mis hijas.

*Chomba*—¿Qué necio eres! ¿No ves que van bien acompañadas con esos señores extranjeros?

*Antonio*—Pero si esos hombres son extraños. Si fueran hermanos ó parientes, siquiera, no estaria mal visto que fuesen solas con ellos.

*Chomba*—Qué mal visto ha de ser si en el dia se acostumbra que las niñas anden solas por todas partes. Y en *Urupa* dicen que no solo como de aquí al Callao sino leguas de leguas se va una señorita con un caballero sin que haya miedo de que le suceda nada, y como yo me he propuesto estar en todo al estilo *urupeo*, por eso las he dejado ir solas con ellos.

*Antonio*—Pero mujer, eso será allá que las leyes son de otra manera; pero aquí que no se les tiene mucho respeto; así es que las pobres muchachas se quedan las mas veces á la luna de Paita, como dicen. Ay! Dios quiera que mis hijas no se vean en este trance y tengan que maldecir tu loco empeño de estar al estilo europeo.

*Chomba*—¿Qué sabes tú de progreso! Te parecerá que estamos en tu tiempo en que encerraban á las niñas para que no les vieran ni el sol ni la luna.

*Antonio*—Atente á eso, mujer. Tanto va el cántaro al agua, hasta que vuelve sin aza.

*Chomba*—Déjame, Antonio, con tus refranes y no me calientes la cabeza con ellos. Mejor será que te vayas donde la modista y le digas que á las tres en punto han de estar ya los vestidos en mi casa, y regresa pronto para que hagas arreglar todo lo necesario para esta noche, y no te olvides de traerles agua y untura para que se blanqueen las niñas.

*Antonio*—¿Qué cosa? que yo les traiga porquerías para que mis hijas parezcan estátuas de jardín; no señor: que se laven con agua y jabon, que es lo único que deben usar las niñas (Sale.)

*Chomba*—Pobre Antonio, aunque él regaña, pero siempre hace lo que yo quiero, no se puede negar que es el mejor marido del mundo. Pero, qué suntuosa va á ser mi funcion! Mas de cuatro se han de morder los labios de envidia; y mañana dirán los periódicos: "Anoche ha dado la señora Salsipuedes una magnífica *soirée* á la cual han asistido mas de trescientas personas notables, las hermosas han estado vestidas con una elegancia exquisita, todos los jóvenes leones han dejado bien puesto en esta parte

su conocido nombre y fama; pero las señoritas Salsipuedes han sido las mas lujosas del baile. El buen gusto y profusion se encontraba en esa brillante reunion." ¡Quien no se muere de gusto al ver su nombre escrito de este modo en letras de molde! Si yo me hubiese llevado del candidon de Antonio no hubiera disfrutado de esta satisfaccion por la que se debe sacrificarlo todo, todo.

JUANA MANUELA LAZO DE ELÉSPURU.

Continuará.

## NO ES CUENTO.

Pasaron muchos años, los renglones dicen de un libro historiador antiguo, (Yo al oír el milagro me santigué,) En un sueño feliz siete varones.

Para hablar el prodigio, sus razones Tendria aquel autor, que no averiguo; Pero con mi cabeza le atestiguo Que fueron ocho aquellos dormilones.

Siete de ese letargo tan profundo Despertaron (jamás lo dudaria;) Pero el octavo duerme todavia.

Y no ha de despertar, sépalo el mundo, Hasta que del vivir pase al respaldo ¿Sabes como se llama? . . . . José Arnaldo.

MANUELA A. MARQUEZ.

## LA DICHA IMPROVISADA.

V AIS á ver, señora, el lindo mendiguito á quien acabo de dar limosna,—dijo un dia la duquesa de L. á la emperatriz Eugenia.—¿Qué acentos! ¡Un centavo! ¡un centavito! que Diosos lo volverá!—Eché una pieza de oro en su gorro colorado que me alargaba con un aire tan lastimoso, cuando veo sus cabellos, sus hermosos cabellos negros caer sobre sus ojos.

—¿Cómo te llamas?—le pregunté admirada.

—Maria—me respondió una dulce vozcita.

—¿Maria? pero ese no es nombre de muchacho.—El mendiguito inclinó la cabeza ruborizado. Despues levantó los ojos sobre mí. La pobre niña estaba trémula.

—Tranquilízate, Maria—le dije.—¿Hace mucho tiempo que pides limosna?

—Tres años. Por la mañana limpio las chimeneas, y por la tarde me pongo de rodillas en el ángulo de un guarda-canton y extendiendo mi mano á los transeuntes.

—¿Maria, quieres venir á Palacio?

—¿A Palacio? ¿Qué es Palacio?

—Es esa hermosa casa blanca que ves desde aquí. Preguntarás por la emperatriz.

—Oh! la conozco—replicó la pordioserita—es esa linda princesa que quiere tanto á los pobres y que los saboyanos la llamamos nuestra madre. Todos los domingos como su pan, un tierno panecillo blanco que nos dá

el señor cura de San Sulpicio, y nos dice siempre: "Hijos míos, rogad por los que os alimentan."

—¿No tendrás miedo?

—Tal vez me impresionaré un tanto, pero me repondré pronto.

—Toma éstas líneas escritas con lápiz. Te presentarás mañana á medio dia, darás ese papel al capitan de guardia y verás á Su Majestad.

—¿Que me place!—exclamó la hermosa Eugenia, que es tan bella como compasiva para los desgraciados.

Al dia siguiente, á medio dia, Maria estaba en la puerta de Palacio. Habíase advertido al ujier de servicio que la introdujera. La jóven bajaba los ojos, retenia el aliento y osaba apenas apoyar sus gruesos zapatos ferrados sobre el lustroso pavimento.

La emperatriz salió á su encuentro y con esa voz, dulce como la música:

—Apróximete, hija mia—le dijo.—¿Reconoces á esta señora?

—Oh! sí—dijo Maria—he cosido en mi chaleco la moneda de oro que me dió.

—¿Quieres quedarte conmigo?—añadió la emperatriz.

—¿Con vos?—repitió Maria, mirando en torno suyo—¿qué haré aquí? Esta chimenea está tan limpia, tan lustrosa!

—Tú no limpiarías ya chimeneas.

—¿Cómo! ¿no haré mas que mendigar?

—No, tú no mendigarás en adelante; yo te daré un lindo vestido, zapatos, y un precioso sombrero que te hará mas bella. ¿Lo quieres?

—Oh! sí—dijo la jóven—pero á condicion que cuando me fastidie haré lo que los pajarrillos, que en invierno hacen su nido en las hermosas casas, y en la primavera toman su vuelo hácia los campos.

—Sea—dijo la emperatriz, y la jóven saltó de gozo.

Las camareras de la emperatriz se apoderaron de Maria, la desnudaron, la bañaron y perfumaron sus cabellos. Durante esta *toilette* faltó poco para que la pobre saboyana se desmayase: las esencias y los olores le oprimian el corazon y su linda cabeza se inclinó pálida como las flores alpestres, que no viven sino bajo la nieve, y cuyo tallo débil se dobla cuando el sol es ardiente.

La saboyanita con sus cabellos rizados, su lindo vestido color de violeta, y los brazos desnudos hasta el codo, estaba encantadora; su figura no tenia nada de ideal, Guido Renni habria pasado sin mirarla; pero Maria era tan fresca, tan rosada, sus dientes eran tan blancos y tan nacarados, su mirada tan angelical, todo su ser, en fin, era tan puro y tan virginal que en la corte debia hacer efecto. Así fué: todas las damas la admiraban y no se habló en un mes sino de la linda saboyana. Ingre hizo su retrato que hasta hoy vemos en los paseos y en los boulevards.

Maria festejada, acariciada, arrebatada en un torbellino de placeres, que no habia

saboreado jamás, olvidó á su viejo padre y sus montañas; pero sus alegrías en el gran mundo concluyeron pronto. No habian pasado dos meses y ya sus mejillas estaban descoloridas, sus ojos tenian un círculo amaratado, y su corazon suspiraba. En vano la emperatriz Eugenia procuraba interrogarla; la jóven guardaba silencio; y para no affligir á su benefactora lloraba en secreto.

Un dia que, olvidando su dolor, hacia á la emperatriz el relato de su vida en las montañas y hablaba alegremente del *Dent de Nivolet*, (1) de sus vacas con campanillas de timbre argentino, de sus frescas grutas, de las hadas que las habitan y que aparecen en la noche de San Martin, vino á sorprenderla de repente un rayo de sol que desliziéndose por entre la chimenea iluminó la habitacion. Maria interrumpe su relacion, se levanta y desaparece como el relámpago. La buscan por todas partes y la llegan á encontrar en un rincon anegada en lágrimas.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que tienes?—le preguntó la emperatriz, ayudándola á levantarse—vamos, yo exijo que me digas la causa de tu llanto. ¿No quieres, pues, permanecer conmigo?

—Ah! yo lo deseo mucho—contestó Maria sollozando—pero, ¿veis ese hermoso sol? me llama... Necesito volver á ver el *Dent de Nivolet*, á mi padre, y á Antonio tambien.

—Antonio?—dijo la emperatriz, mirándola fijamente.—Tú no me habias hablado jamás de Antonio... es tu enamorado, ¿no es verdad?

—Oh! Dios mio! no, yo no lo amo, el señor cura prohibe á las jóvenes amar á los manebos.

—Pero él te ama tal vez.

—Yo no sé si el señor cura se lo habrá prohibido; él es rico y desea casarse conmigo; pero su padre no quiere...

—Mientras ella no tenga mil francos—ha dicho—no daré mi consentimiento.

—Y no tienes esos mil francos?

—Me falta muy poco: tengo mas de setecientos. Antonio me dijo un dia:—Ve á Paris, limpia chimeneas y cuando tengas los mil francos me casaré contigo.—Y cada año salgo, mendigo, y limpio chimeneas. Antonio sube diariamente sobre una altura que domina el valle para verme regresar. Desde que lo veo me pongo á gritar: ¡Doscientos francos mas!—El salta de alegría y yo hago otro tanto. Ayer, cuando ví el sol tan hermoso, se me oprimió el corazon: he creído oír la voz de Antonio... Oh! yo quiero partir, quiero partir; pero vendré el año próximo trayéndoos un hermoso ramillete que Antonio cojerá en nuestras montañas.

—Pues bien—dijo la emperatriz—dentro de quince dias partirás.

La emperatriz, despues de reflexionar, hizo venir á Monsieur Merillac y le preguntó si podría dormir á la jóven.

—Sin dificultad ninguna—contestó el magnetizador—pero estaria mas seguro de mi arte, si la vispera de la operacion magnetica, pasára la señorita la noche en un baile.

—Comprendo—dijo Eugenia.—Yo os haré llamar cuando haya llegado el momento.

Inmediatamente mandó á Saboya á uno de sus criados con la órden de traer por la posta á las dos familias saboyanas, y un pintor distinguido encargado de traer el diseño exacto de los lugares que habitaba Maria.

El pintor llegó el primero: se levantó en uno de los departamentos de palacio un teatro; y con la ayuda de cartones pintados con raro talento se representaron los dos parajes saboyanos: el *Dent de Nivolet* y el pico en donde Antonio esperaba á Maria.

Se hizo todo lo que habia prescrito Monsieur de Merillac. La jóven pasó dos noches sin dormir, pero en el momento en que sus ojos se cerraban de fatiga se la despertó por órden de la emperatriz y se la vistió con las ropas de mendigo que se habian conservado. El doctor, que representaba el papel de conductor, se encargó de llevarla al departamento en donde todas las ventanas estaban cerradas, la hizo sentar sobre una otomana en donde un sueño *natural* no tardó en sorprenderla. El magnetizador no habia hecho sino algunos *passes* cuando ya la jóven dormia profundamente.

Entónces, á una señal dada, la sala se iluminó, levantóse un telon y se vió en el fondo el *Dent de Nivolet* escondiéndose en las nubes; sobre las verdes faldas de la montaña las dos chozas; el padre de Maria sentado bajo un roble, á Antonio que con gran trabajo podia apenas sostenerse parado sobre el pico móvil de la roca.

La emperatriz y un gran número de damas de la corte esperaban escondidas detras de Merillac el despertar de la jóven.

El magnetizador sopló sobre la frente de Maria, que abrió los ojos sobresaltada y exhaló un grito que resonó en el salon.

—Antonio... Antonio, aquí está tu buena Maria!...

Y he aquí que Antonio, conmovido y llorando, saltó á pié junto, á traves de las ondulaciones de carton del *Dent de Nivolet*, y sin respeto por los augustos espectadores, se arrojó en los brazos de su amada Maria y aplicó sobre sus frescas mejillas ruidosos besos que despertaron ecos en los artesanos de la bóveda...

Algunos dias despues, el capellan particular de la emperatriz bendijo la union de los jóvenes saboyanos, que volvieron á sus montañas colmados de los dones de la hermosa soberana...

Pasada la tempestad que la arrancó del trono arrojándola en el destierro, la condesa de Teba, siempre emperatriz por la gracia y la belleza, pero viuda, triste y sola, con el adolescente desheredado de tantas grandezas, viajaba por los Alpes, buscando en sus grandiosos panoramas distraccion á sus pesares. Un dia, en las cercanias del Monte Blanco, llamó su atencion un lindo *chalet* rodeado de verdes prados y de vacas blancas, que pacian mezcladas con un rebaño de cabras y de blancos corderos.

Eugenia deseó beber un vaso de leche en aquella graciosa cabaña. Hizo detener su carruaje y entró en ella pidiendo permiso para reposar un momento.

¡Cuál seria su sorpresa al reconocer en su propietaria á Maria la mendiguita saboyana su protegida de otro tiempo!

La ex-emperatriz bajó aun mas el velo que cubria su rostro y le preguntó de quien era el retrato colocado sobre la chimenea.

—Ah! señora—respondió Maria con efusion.—¿Hay alguien que no la conozca, solo al ver su rostro de ángel? Es la hermosa emperatriz á quien debo toda la dicha que me rodea. Quiera el cielo conservarla en la cumbre de esa grandeza donde yo la he contemplado.

Eugenia abrazó silenciosa á la saboyana y se alejó hondamente conmovida.

Pensaba, al ver esa cabaña fresca, limpia y alegre, en el suntuoso palacio de Tuileries abrasado y destruido!

ANGELA CARBONEL.

## AL MONASTERIO DEL CARMEN.

¡Salve asilo seguro del alma!  
¡Salve humilde y bendito Carmelo!  
¡Salve noble retrato del cielo  
Donde está la ideal perfeccion!  
En tí encuentra la virgen sencilla  
Arca nueva al diluvio segundo  
Que hoy aniega en los vicios al mundo.  
¡Salve amada dichosa mansion!

¡Oh, feliz la que llega á gozarte,  
Y la embriaga el señor de señores  
En sus dulces y castos amores,  
Y disfruta tu paz celestial!  
Roto el vínculo que antes la ataba  
A la carne y la sangre y la vida,  
Se abandona á Jesus sin medida  
Ni temor del vaiven mundanal.

Hubo un tiempo que á mi me albergaron  
Tus paredes desnudas y santas,  
Y tus losas hollaron mis plantas,  
Por tu velo ceñida mi sien.  
Los altares en tí levantados  
Regó á mares el llanto doliente,  
Que arrancaba á mi amor penitente  
El haber ofendido á mi bien.

En el coro de vírgenes puras  
A la par se elevaba mi ruego  
Con el canto que inspira aquel fuego  
Que á TERESA sublime inflamó.  
¡Ay! entonces estuve, mil veces,  
Arrobada de santa dulzura  
Y gozé la suprema ventura  
Que jamás el mundano probó.

Y pensaba que aquellos instantes  
De placer é inefable reposo,  
Me mandaba el altísimo esposo,  
Como en arras de amor y de fé.  
La diadema de esposa divina  
Anhelaba poner á mi frente,  
Y seguir al cordero inocente  
En su cielo por siempre esperé.

[1.] Montaña de Saboya.

Pero Dios cuya mano dirige  
A la paja que vaga en el viento  
Y del mundo el veloz movimiento.  
Mi deseo no quiso cumplir.  
Se acabó mi esperanza dichosa  
Y te lloro cual patria perdida;  
Que extranjera en el siglo es mi vida  
Y de luto mi cruel porvenir.

Las angustias me cercan el alma,  
La feliz ilusión de mí huye  
El dolor material me destruye,  
Y ni el sueño mitiga mi mal.  
De mi padre los crudos tormentos  
Hacen ¡ay! esta angustia mas fuerte.  
Porque miro lo acecha la muerte  
Preparando su dardo fatal!

Cuando falte ese padre querido  
Que me enseñe la senda que siga,  
Y me encuentre ¡quien sabe! mendiga  
De consuelo á tan íntimo afán,  
Cuando pida á la tierra descanso  
Ya este cuerpo extenuado y marchito.  
Esas puertas ¡Carmelo, bendito!  
Mis hermanas tal vez abrirán!

JUSTA GARCIA ROBLEDO.

## CADA UNO MANDA EN SU CASA.

TRADICION.

### I.

No sé precisamente en qué año del pasado siglo vino de España á esta ciudad de los Reyes un mercedario, fraile de mucho peso y gran cogote, con el título de Visitador General de la Orden. Lo de la fecha importa un pepino; pues no porque me halle en atreos para apuntarla con exactitud deja de ser auténtico mi relato. Y casi casi me alegro de ignorarla; porque así libro de poner en letras de molde el preclaro nombre de un arzobispo.

Traía el padre Visitador pliegos del rey y rescriptos pontificios que le acordaban un sin número de atribuciones y preeminencias. Los hijos de Nolasco lo recibieron con grandes festejos, loas y mantel largo, campanas á vuelo, camaretas y árboles de fuego, novillos en la plazuela, *catimbaos* y *papahuevos* y que sé yo qué otras boberias.

El ilustrísimo arzobispo, mas que por agasajo al huésped por desentrañar hasta qué punto se extendía su comision, fué á visitarlo con gran ceremonia y lo comprometió á que tres veces por semana habian de almorzar juntos en el palacio arzobispal.

Para encarecer la importancia del fraile nos bastará apuntar que tenia el tratamiento de exelencia, segun lo testificaban sus papeles y pergaminos. Presumo que era tanto ó mas personaje que el Nuncio Monseñor Vanutelli, de grata recordacion porque metió en vereda á tanto y tanto ministro del altar que andaban un si es no es descaminados.

La primera mañana en que debian almor-

zar en cordial compañía el ilustrísimo y el exelentísimo vino el coche de aquel á la puerta de la Merced, poco antes de las ocho, y el Visitador se arrellanó en los mullidos cojines.

Llegado al salon del diocesano y despues del cambio de saludos y demas borondangas de etiqueta social, dijo el Visitador:

—Por no hacer esperar á su ilustrísima héme venido sin celebrar el santo sacrificio.

—Pues tiempo hay para que su exelencia cumpla en *mi* Catedral la obligacion.

Y un familiar acompañó al mercedario y por el patio de los Naranjos penetraron en la sacristia, revistióse y, ayudado por un monacillo, dijo misa en el altar mayor.

Cuando, á las nueve, se congregaron los canónigos en el coro y supieron lo que acababa de ocurrir, quisieron agarrar con las manos los cuernos de la luna.—Cómo!—gritaban furiosos—tener un fraile el atrevimiento de decir misa en *nuestro* altar mayor!

Aquello, para el orgullo de los canónigos, era una cosa que clamaba al cielo y no podía quedar así como así.

Despues de almorzar suculentemente tamales y pastelillos, *sanguito de ñajú* y otros apetitosos guisós de la cocina criolla, se despidió el comensal y entraron los indignados canónigos con la queja; y con sus aspavientos y recriminaciones le pusieron al bonachon arzobispo la cabeza como una olla de grillos.

A su ilustrísima un color se le iba y otro se le venia; pues, en puridad de verdad, la culpa en gran parte era suya porque no se le ocurrió franquear al celebrante su oratorio particular. Los de la querrela sacaron á relucir cánones y breves y reales cédulas y demas garambainas, y se acordó tras larga controversia, que si al Visitador se le antojaba volver á decir misa en la Catedral lo hiciese en altar portátil.

La cuestion se hizo pública y llegó, como era natural, abultada con notas, apéndices y comentarios á oídos de su exelencia, quien por el momento adoptó el partido de no volver á pisar el palacio arzobispal, mientras le llegaba ocasion propicia para *sacarse el clavo*.

### II.

Y pasaron algunas semanas, y cuando ya nadie se acordaba de lo sucedido, amaneció un domingo y el Visitador se levantó muy risueño, diciendo que entre ceja y ceja se le habia metido hacer en el acto una reforma en su iglesia.

Y, convocando secretamente una docena de carpinteros, mandó que cercasen de tablas el altar de Nuestra Señora de la Antigua, que se halla situado cerca de la puerta, independizándolo de la nave central y del resto del templo.

Los domínicos disputan á los mercedarios la antigüedad de fundacion en Lima; pero es punto, históricamente comprobado, que la primera misa que se dijo en nuestra capital fué celebrada por el religioso de la Merced fray Antonio Bravo; que en 1535 era ya el padre Miguel Orenes provincial

ó comendador de la orden; y que cuando, en 1541, fué asesinado el conquistador Pizarro los mercedarios, á quienes se tildaba de almagristas, tenian ya casi concluida la fábrica del convento ó iglesia, invirtiendo en ambas la suma de setecientos mil pesos. Sigamos con la tradicion.

Los frailes murmuraban *sotto voce* que á su exelencia se le habia barajado el seso; pero el respeto les impedia hacer la mas lijera observacion al mandato del superior.

Al dia siguiente, estuvo terminado el cerco y con su respectiva puertecita. Los obreros habian trabajado toda la noche.

Era ese el primero de los tres dias de rogativas que preceden á la fiesta de la Asuncion del Señor y, segun rito, el arzobispo y su coro de canónigos iban por turno á las iglesias grandes. Aquel lunes la ceremonia correspondia á la Merced.

El comendador, con todos sus conventuales, salió á la puerta del templo á recibir solemnemente la visita; pero su exelencia se quedó tras la cancela.

La comitiva iba á dirigirse por la nave central, en direccion al altar mayor, cuando el Visitador les atajó el paso, diciendo:

—Alto ahí, que no es ese el camino.

Y volviéndose hácia el arzobispo añadió:

—Ilustrísimo señor. Pues los canónigos no hallan bien que un fraile celebre en *su* altar mayor, yo he resuelto que ellos no puedan celebrar sino en la puerta de *mi* iglesia.

—Pero, señor exelentísimo... balbuceó el Arzobispo.

—Nada, ilustrísimo señor. Cada uno manda en su casa.

—Y Dios en la de todos, hermano,—murmuró un maestro de capilla.

Y no hubo tu tia. El Arzobispo y los canónigos dieron media-vuelta y se dirigieron á hacer las rogativas en otro templo que, si no estamos mal informados, fué el de San Pedro ó el de la Concepcion.

Parece que los canónigos conservan desde entónces tirria tradicional á los mercedarios y que no quieren perdonarles la arrogancia del Visitador. Buena prueba es que no han vuelto á celebrar las rogativas en la Merced.

Lima, Enero de 1875.

RICARDO PALMA.

## EL MORIBUNDO.

Ayer de vida rebosaba lleno  
Y hoy en desmayo mi vigor se trueca;  
Fugaz pasé como la flor del heno,  
Verde á la aurora y á la tarde seca.

Solo he vivido un pasajero dia,  
Un momento veloz: ha un breve instante  
Que el sol se me mostraba tan brillante,  
Y ya avanza la noche oscura y fria.

En el festin alegre de la vida  
Me senté, presuroso convidado;  
Mas dura ley me impone la salida  
Despues apenas del primer bocado.

Y miro á la opulenta primavera  
Las verdes plantas-estrellar de flores,  
Pródiga derramando por doquiera  
Su tesoro de aromas y colores.

Volver contemplo las felices aves,  
Del inclemente invierno desterradas  
Y ya escucho sus cánticos süaves  
Encantar las alegres alboradas.

Por doquier renaciendo, la marchita  
Tierra recobra su verdor primero:  
Todo, todo en el orbe resucita,  
¡Y yo tan solo desfallezco y muero!

Es mi destino el de la flor temprana  
Que ántes que todas descogió su seno,  
Y muere, y deja en juventud lozana  
Las otras hijas del pensil ameno.

¡Oh copa del amor y los placeres!  
De tí mi labio con dolor retiro:  
Y vosotras, adios! bellas mugeres,  
Dadme á lo menos un fugaz suspiro.

Y cuando al lado de feliz amante  
Suavísimos deleites os arroben,  
Dad un recuerdo al malogrado jóven  
Que nunca tuvo dicha semejante.

CLEMENTE ALTHAUS.

## BARRANQUILLA.

APUNTES DE VIAJE.—30 DE ABRIL DE 1862.

LA una de la tarde estuvimos en Barranquilla, admirando á su entrada el magnífico aparato de dársena, muelles, diques y máquinas que me pareció demasiado grande y pomposo para la navegacion de un rio. En seguida recorrí, jadeando con el calor, una parte de la extensa ciudad, fundada sobre un plano arenoso y compuesta de casas pajizas, con interpolacion de edificios lujosos de dos pisos, los más de estos de mampostería, muchos de ellos de artesanos y fachadas elegantes.

La misma variedad de fisonomías que se muestra en los edificios se advierte en los pobladores: parece que cada nacionalidad ha importado su fisonomía y su gusto arquitectónico para que fraternicen las desigualdades morando en una misma área. Hay ingleses, franceses, alemanes, italianos, norteamericanos &c.; pero los que forman la mayoría y caracterizan la poblacion son los nacionales y los hebreos. Estos son la demostracion de que la República es el nuevo monte de Sion donde pueden hallar su patria los descendientes del patriarca Abraham.

Cuando se recuerda lo que fueron los españoles en América, el fin que tuvieron y el nuevo orden de cosas que ha sobrevenido, y se fija la atencion en que fueron los mayores perseguidores de los hebreos, es decir, de los hijos del Señor, al hallar á éstos en paz y prosperidad, se ve cumplida en este suelo la profecía del Exodo que dice: "Extendióse tu mano y la tierra los tragó (á los españoles.) A estos hijos tuyos (los israelitas) tú los introducirás y establecerás, oh! Señor! sobre el monte de tu herencia, sobre esa firmísima morada tuya que tú has fabricado en Sion, oh! Señor! santuario tuyo que han formado tus manos."

Allí donde el hombre no degrada al hombre con el título y aparato de monarcas y vasallos, donde los hombres fraternizan, donde los hombres se hacen justicia, allí está el monte Sion del cristianismo, y á este le hemos dado el nombre de República.

Cuando recuerden los israelitas la serie de persecuciones que han padecido desde los Pharaones de Egipto, hasta los Pharaones europeos y especialmente españoles, y se vean en las repúblicas igualados en los deberes y derechos á los demás ciudadanos, les parecerá que han pasado el mar, como sus abuelos en Balzephon, y que están en su primer campamento de Marah, donde dice la Biblia que las aguas amargas se transformaron en aguas dulces.

No han faltado quienes crean que el país de Ofir, de donde Salomón sacaba tantos tesoros, y cuya designacion topográfica ha ocasionado tantas disputas, colocándole ya en las costas de Africa, ya en las islas orientales; seria este mundo aurífero de la América. Nosotros no aventuramos nuestro juicio sobre lo pasado; pero podemos asegurar que si no fué el país de Ofir en tiempo de Salomón, lo será en adelante para su pueblo.

Sea de esto lo que fuere: las hebreas, con sus cabellos negros y abundantes; sus cejas finas, poco arqueadas y de un lustre de azabache; sus ojos no muy grandes, pero de unas pupilas chispeantes y seductoras; su tez de un moreno suave y eficazmente atractivo; sus formas tornátiles y sus movimientos airoso y agraciados, bien merecen que los países americanos digan á cada una de ellas lo que el propietario Booz dijo á la modesta Ruth: "Oye, hija, no vayas á otra heredad á espigar, ni te apartes de este sitio, sino júntate con mis muchachas." Aun podrian agregar, si no con la uncion bíblica de las palabras que anteceden, á lo ménos con la franqueza republicana, á las residentes en Barranquilla: "Vuestros abuelos fueron cautivos á orillas del rio Nilo y vosotras sois libres á orillas del Magdalena: vuestra raza ha sido perseguida á sangre y fuego y proscripta muchas veces del dominio de los reyes: ahora mismo hay odiosas exclusiones que solo se dispensan y subsanan con ridículas ficciones y con el poder real de las monedas; pero nosotros respetamos en vosotras, no el oro, sino la inocencia y la justicia."

La palabra hebreo dicen los eruditos que significa *mas allá ó al otro lado*. Este otro lado ¿no será acaso la América? Quizá este nombre con que se designan será un nombre profético que les ha venido indicando una nueva tierra de promision aquende el océano Atlántico.

La locomocion ha sido el signo característico de aquella raza. Antes y despues de la muerte del Redentor ha estado siempre en movimiento, siempre como de viaje: ¿á dónde se encaminaba? ¿qué queria? Tal vez un nuevo mundo, pues en el antiguo ha estado como de tránsito.

Ademas, la poética elevacion de aquel pueblo le hacia necesario un mundo en que no se interpusiera ningun poder facticio entre Dios y la humanidad.

El Génesis es el canto de un Universo en

que amanece por primera vez. En el libro de Job resuenan todos los acentos y se han apurado todas las notas de otro universo moral, cuyas inspiraciones parecen emanadas del cielo, de la tierra, de la luz, de las tinieblas y de los abismos. En el Cantar de los Cantares estan las bellezas y sublimidades del amor produciendo sus éxtasis, con sus imágenes inimitables, sus sonrisas lacrimosas y sus lágrimas risueñas.

No solo en el canto, tambien en el baile, en la mirada, en el movimiento, en los sollozos, revelaba esta raza un fuego extraordinario, una vista que alcanzaba hasta muy léjos, un sentir que le era propio y un preveer que era de Dios y lo habia infundido en los ascendientes de su hijo Emanuel.

Este era un vuelo que necesitaba de mucho espacio, de un mundo nuevo, de un mundo de libertad.

MIGUEL RIOFRIO.

## HISTORIA DE OTRO BESO.

(EPISODIOS DE LA SOLTERÍA.)

Era un beso que andaba peregrino,  
Y muerto, de una hurí, por los pedazos,  
La seguia, á pesar de sus rechazos,  
Buscando de sus formas el camino.

Pidió posada al seno alabastrino,  
Al rostro, al cuello y los redondos brazos,  
¡Y no la halló ni en los distantes lazos,  
Ni en los adornos de su busto fino!

Negáronle hasta el ínfimo hospedaje  
Que pidió, de un mendigo con la instancia,  
Siquiera en las orillas de su traje.

Y, al fin, cual picaflor, á la distancia,  
Libaba en sus ardientes embelesos,  
La dulce flor de unos soñados besos.

JUAN DE ARONA.

## TRADUCCION LIBRE.

Á

PEDRO ANTONIO VARELA.

El retirado en plaza,

Aun que con goces y en plaza  
Colocan al retirado;  
Esto de burla no pasa,  
Por que ni tiene, en su casa  
Con que mandar al mercado!

El licenciado.

Sin que le dé ni le quite  
La traduccion van á ver:  
Licenciado, viene á ser  
Un hombre a quien se permite  
Que se quede sin comer.

El inválido.

El invalido, de paso,  
Traduccion exacta encuentre:  
Irreflexivo un balazo  
Lo dejó sin pierna y brazo  
Y, por desgracia, con vientre!

## El suelto.

Era un militar resuelto:  
Fué servidor denodado;  
Pero en el Perú revuelto  
Está en condicion de suelto  
A la miseria amarrado.

ACISCLO VILLARÁN.

## CONCIENCIA.

Donde quiera por nuestras turbaciones y secretos remordimientos rendimos homenaje á la santidad de la virtud que violamos; donde quiera un fondo de fastidio y de tristeza inseparable del crimen nos hace sentir que el órden y la inocencia son la única felicidad que se nos ha destinado sobre la tierra. Nos complacemos en ostentar una vana intrepidez y la conciencia criminal se traiciona siempre á si misma. Cruelles terrores marchan delante de nosotros, la soledad nos turba, las tinieblas nos alarman; creemos ver salir de todos lados fantasmas que vienen á reprocharnos los secretos horrores de nuestra alma; sueños funestos nos llenan de negras y sombrías imágenes, y el crimen, tras del cual corrimos con tanto gusto corre despues en pos nuestro como un buitre cruel y se aferra de nosotros para desgarrarnos el corazon y castigar el placer que el mismo nos ha causado.

M.

## Al primer dia del año.

A MI PRIMO MANUEL F. VILLAVICENCIO.

Me halló despierto tu brillante aurora  
Año que vienes sin saber do vás:  
¡Quien sabe si tu luz encantadora,  
Es ilusion de mi alma soñadora,  
Que hastiada está de padecer no mas!

De la ternura conyugal privado  
Por un vicio fatal que maldecí,  
¿Que haré para olvidar mi cruel pasado?  
¡Inspírame razon, porque angustiado  
Veo el infierno que me aguarda aquí!

Nada me dice la razon; y el año  
Que el ser feliz contento saludó,  
Calla tambien para acrecer mi daño,  
Pues mi vida de angustia y desengaño  
Parece que hasta ayer no terminó.

Semejante á mi patria desgraciada  
Llevo en los hombres formidable cruz;  
En guerra mi conciencia sublevada,  
Con angustia soporta mi mirada  
Del año nuevo la esplendente luz.

Mi pecho abriga un corazon amante  
Que solloza por la dicha paternal.  
Nadie me creó tan bueno y tan constante  
Que abandone sin pena, el infamante  
Vicio, que fué la causa de mi mal.

¡Se engañan, vive Dios!... Yo tengo un alma  
Que rinde culto al bien y á la virtud;  
Llevaré de los mártires la palma;  
Y si insano perdí mi dulce calma,  
Me la sabrá volver el atahud.

No cabe en mí ruindad ni hipocresia,  
Y una vez sola en mi existencia amé.

¡Lo sabes, corazon!... Mi Esposa un dia  
En que era amada con pasion, creia,  
Mas hoy piensa tal vez que la olvidé.

¡Mentira!... Si yo la amo, si la adoro,  
Como el dia feliz de nuestra union;  
Por ella manan de mis ojos lloro,  
Y al perder su amor, perdí un tesoro  
Que busca sin cesar mi corazon.

Año que hoy principias tu carrera  
Con un cielo teñido de arrebol,  
Díle á mi triste corazon:—“ ¡espera! ”;  
Y yo sabré esperar hasta que muera  
Tu corta vida al rededor del sol.

¡De lo contrario, nó. Venga la Muerte  
Y su lívida planta besaré:  
¡No quiero ser ludibrio de la suerte,  
Ya que en mi hija y Esposa mi alma vierte  
Su rico aroma de piadosa fé!

F. F. G.

Cañete, Enero 1.º de 1875.

## EL AMOR MATERNAL.

EL amor de la madre por su hijo es una reunion de mil sentimientos diversos, encadenados el uno al otro por un lazo misterioso; reunion sublime, cuyas manifestaciones son enérgicas como todo lo que tiene raiz en el amor, tiernas cual todo lo que nace en el corazon de la mujer.

Solo esa jóven madre que inmóvil y silenciosa, contempla á su niño dormido, solo ella puede decirnos el nombre de todas esas emociones que renovándose bajo todas las formas, se multiplican las unas por las otras; y acariciando su corazon, extasiando su espíritu, la entregan á las suaves delicias de ese flujo y reflujo amoroso que va de la mente al corazon.

Ese pequeño ser tan frágil, pero ya tan ardiente para el goce, y cuyas necesidades son tan numerosas, tan imperiosa la voluntad, las facultades tan débiles, es su tesoro, su tirano, su felicidad! Ella ha abandonado su propia existencia á las eventualidades de esa vida en ciernes; porque su niño es su destino; su niño es la poética medalla acuñada en su seno por el amor mismo el dia de las solemnidades voluptuosas de su alma. Dulzuras del recuerdo, alegria del presente, ensueños del porvenir: todo esto despierta en su corazon la vista de su hijo. ¡Con qué orgullo contempla á ese fruto de sus dolores! Y sin embargo, siéntese tímida, y poseida de miedo ante esa maravillosa obra maestra, ese sublime y misterioso resultado de un momento de sacrificio, ante esa vida que ha dado, y que es preciso conducir á la grandeza, á la virtud, á la felicidad!... ¡Cuántos deberes!... pero tambien, cuánto amor! Tanta inocencia, tantas gracias exaltan la ternura! Tanta debilidad solemniza ese amor, despertando la abnegacion.

¡Quién podria contar los innumerables goces de que siembra la existencia de un niño la vida de su madre!... Ella sola puede asirlos, y formar con ellos sus delicias; para otro corazon que el suyo, aquello que lo extasia, pasará desapercibido. Esos mo-

vimientos tan delicados; esa encantadora torpeza del ademan que no sabe todavía obedecer á un pensamiento apenas formado; esa interesante vacilacion del lenguaje, toda esa poesía de la sencillez, la madre la saborea, contemplando con beatitud esa tierna flor que se abre poco á poco, á los rayos calurosos de su amor. Pero esos éxtasis son interrumpidos por transportes entusiastas. Ella se apodera de su hijo; lo estrecha contra su seno; pega su boca á sus pequeños labios, confunde con el suyo su aliento; se mira en esos lípidos ojos que reflejan el cielo; mezcla sus cabellos á los copos sedosos que parecen esos lijeros vellos que el céfiro arrebató á las flores; y no tiene bastante con su alma para amar y sentir.

T. M. DE S.

## COLABORACION ARGENTINA.

A TI.

Cuando entre nubes de zafir y grana,  
Contemplo ufana, que se eleva el sol,  
A tí mis ansias, mi amoroso canto...  
Con tierno llanto te consagro yo!

Cuando en la tarde las canoras aves  
De trinos suaves, pueblan el pensil,  
Arranco y beso las fragantes flores,  
Besos y amores, que consagro a tí!

Cuando en la noche, con febril deseo,  
Solo te veo, en angustioso afan,  
Cierro los ojos y en tu amor pensando  
A tí, volando, mis ensueños van!

Vivo tu esclava y á tu ser unida,  
Eres la vida de mi amante fé:  
Y en mi alma tienes tu perenne templo  
Do á tí contemplo mi Señor,...mi bien!

Bendita sea tu inspirada frente,  
Ángel fulgente de inmortal mansion  
Vuelve, benigno, hacia mí tus ojos,  
Que á tí, de hinojos, idolatro yo!

Hija amorosa del sereno Plata  
Mi faz retrata, su tranquila faz  
Y á tí te adora quien su amor denota,  
Pues no se agota mi pasion, jamás.

Los tiernos ayes que de noche y dia  
Son la agonía de mi loco amor,  
En tiernos himnos, suspirando, entono  
Y á tí en tu trono, los dirijo yó.

BERNABÉ DEMARIA.



LOS REYES DE LA HABA.—Has ofrecido darnos esta fiesta—entraron diciendo con aire contristado, el treinta y uno de Diciembre último las lindas hadas que visitan mi hogar.

—Y la tendreis—dije, mostrándolas en lo alto de una de las montañas de Judea, for-

mada con musgosas rocas arrancadas á la bajada del Barranco, los tres coronados viajeros que llegaban guiados por la estrella de Belen.

—¡Ay! hija, es el caso que todas nosotras tenemos que ausentarnos antes del dichoso día. Papá me lleva el lunes á Huachicho.

—Yo me voy pasado mañana á Chorriillos, mamá quiere tomar un mes de baños.

—Mi abuelita carga conmigo á Ancon.

—Mi hermano me llama á su boda que se efectúa el seis en La Magdalena.

—Pues no obstante, la fiesta tendrá lugar.

—Con otras!

—Con vosotras.

—Nosotras estaremos lejos.

—¿Qué importa? querer es poder.

—No sé cómo harás.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Dejad, dejad, que de ahora á entónces hay mucho cable que *jalar*, como dice no sé quien. ¿A qué pensar en mañana, debiendo hallarnos hoy reunidas en la última velada del año?.....

La casa mas pobre tiene un aire esplendoroso para quien entra en ella con la idea de una fiesta. Además, en esta ocasion, casi todas eran jóvenes y bellas. La belleza es luz. Así, el salon estaba doblemente iluminado. Su desnudez remedaba los agostados campos de Benjamin, cuya ciudad se divisaba en el fondo dominada por el divino Pesebre.

Al pié del monumento y colocado sobre un almohadon, habia un azafate misteriosamente cubierto que escitaba una viva curiosidad; pero estaba defendido con tantos alfileres, que desalentó los traviesos dedos que osaron acercársele.

A las doce menos cuarto, el té trajo consigo un enorme bizcocho de Chancay que tomó luego la forma de una rueda, cuyos rayos se repartieron con gran contentamiento de las niñas, que alargaban la mano imitando á los chiquillos para pedir su porcion, y la alegría se pintaba en todos los semblantes. . . . En todos? No, que la casualidad habia reunido á una matrona con un pretendiente reprobado por ella pero amado de su hija; y ella estaba ceñuda, y él con toda la confusion de un delincuente. Mas esos puntos negros desaparecian entre las ondas de gozo que circulaban en graciosos chistes y alegres carcajadas.

De súbito, óyense, casi á la vez dos gritos de sorpresa. Donatilda M. y Victor G. han sentido la resistencia de algo como un guijarro entre la sabrosa pasta de Chancay.

—¡Vivan los reyes de la Haba!—gritaron muchas voces; y abriéndose las puertas entraron pajes, escuderos y doncellas. Estas levantaron en fin, el paño que ocultaba el misterioso azafate, descubriendo dos reales mantos, dos bandas estrelladas, dos cetros y dos coronas, una de rosas blancas, otra de dorados laureles, con que revistieron á los soberanos de nuevo cuño.

Nada tan bello como estos dos jóvenes bajo esas galas de la grandeza mundana; el uno terciado el manto, la banda al pecho, y al brazo la jarretera; ella con su vestido blanco de azulada transparencia y prolongada cauda, semejante á una cascada de espuma; cruzado el pecho por una echarpa

celeste sembrada de cruces, y sobre sus negros cabellos la florida guinalda.

Sentámoslos ceremoniosamente sobre un trono de cojines, y formamos círculo en torno de ellos.

—¡Y bien!—dije á mis bellas amigas—¿no ofrecí daros la fiesta de la Haba? Héla aquí. ¿Qué importa que sea el día de Reyes, ó el de San Silvestre?.....

En ese momento el reloj dió las doce.

Una gozosa exclamacion acogió la última campanada, y el vecino de la derecha abrazó á su vecino de la izquierda.

Tambien por casualidad, la suegra recalcitrante se encontraba en este rumbo respecto á su azareado pretendiente. La alegría predispone á la benevolencia. Por eso la señora tras un momento de vacilacion volvióse á él; y encontrando su mirada suplicante fija en ella, tendióle al fin los brazos. El joven se arrojó en ellos, exclamando en todo interrogativo—Madre mia?

—¡Hijo mio!—respondió ella.

Así, la fiesta que solo tuvo por objeto alegrar á unas lindas muchachas, dió la felicidad á dos corazones que se amaban.

\* \*

UN TESORO.—El arrendatario de cierta huerta del Cercado, cavando en un ángulo para adobar la tierra en la intencion de trasplantar un almácigo, encontró juntas dos botijas, llena la una de pesos fuertes; la otra de lingotes de oro. Aterrado aun mas que gozoso por aquel don de la fortuna que podia costarle caro, se guardó bien de extraerlo. Volvió la tierra á su sitio, y echándole encima una gran cantidad de leña, dióse á buscar los medios de trasladarlo, y trasladarse él mismo, á paraje mas seguro.

En efecto, envió previamente su familia á Chile con una parte del tesoro; y el resto se ha marchado en remesas, cuya última ha tenido por conductor el huertero mismo, con gran pesar de quien escribe estas líneas, que ha perdido en el vergel arrendado ahora por un hombre rico, las mas bellas flores.

\* \*

BODA!—El 18 de Noviembre tuvo lugar en Paris y en el templo de San Agustin la de la bella Emilia La Jara y Allier y del señor J. Miguel Valdez Carrera, agregado á la Legacion de Chile en Francia. Asistieron á la ceremonia, con la colonia americana, los mas distinguidos representantes de la política y de las letras.

Dulce es ver entrar en la plenitud de la vida por el camino de la felicidad á la niña que vimos jugar en torno nuestro. Pero ¡ay! aquella con quien en sus infantiles juegos se acompañaba, cuán largo tiempo hace que duerme ya el sueño de la muerte!

\* \*

FELIPE CUCALON—

... "de pecho incontrastable y puro,  
De ático ingenio y preclara mente,  
En cuya vasta y levantada frente  
Brillaba el resplandor de lo futuro"

dice un gran poeta, hablando de este interesante joven, arrebatado á su familia y á la sociedad en la aurora de la vida, y en medio á los halagos de la dicha, por una bala homicida.

Morir así es un inmenso sacrificio; pero Aquel que llamó así á Felipe, habrálle dado en recompensa la felicidad perfecta, la glo-

ria inmortal de los mártires, la eterna bienaventuranza.

JUANA MANUELA GORRITI.

### LAS TORTOLAS.

Cantaba una tórtola, su acento repetía  
Del viento el ruido al ajitar las hojas,  
En los bosques ay! lánguida gemía  
Con sentidas notas,

Cuando al nido su amante no venía.

Lloraba sus amores, largo era el quejido  
Que en sus horas amargas exhalaba:  
Tierna paloma, amiga solitaria,

Triste suspiraba  
Levantando á los cielos su plegaria.

Lánguida fué esa nota postrimera

De su íntimo dolor,  
Allí su amante, escucha desde el bosque  
Las voces de su amor.

La escucha y vuela, arde en su pecho,

La llama de la vida,  
Y su paloma que sola está en el lecho  
Lo arrulla estremecida.

La brisa lleva los himnos en sus alas,

Himnos son de amor,  
Los amantes ya estan en su morada  
Cantando su pasión.

E.

### Soluciones á la charada del N. 12.

Mar encontré en la primera,  
Obra sublime de Dios;  
Y en la segunda y tercera  
Una mota miro yó.  
Y juntando mar y mota  
Resulta un animalito,

Denominado *Marmota*:

¡Duerme mucho el pobresito!

ADELA REVOREDO.

Presta atencion y hallarás  
Que es obra tambien de Dios  
Tu prima, segunda y terciá,  
Y que las hay á monton,  
Sin irnos hasta Guinea,  
Camino de Guadalupe, y entre nos,  
¿No es doméstico animal?  
¿No es la marrana? *Chiton!*

L. L. L.

### CHARADA. [1]

Sin tí mi primera es nada  
Mi segunda existe en mí;  
Y soy, desde que te ví,  
El todo de la charada.

FREDERICK.

### PERMANENTE.

El buzon para recibir los originales destinados á la publicacion de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, departamento de la izquierda.

[1] Esta será premiada con una linda casa de campo que será sorteada entre los cuatro primeros suscritores que remitan la solucion.

EMPRESA TIPOGRAFICA,  
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.º 128 y 130.